



EDICIONES
IDEALES

50
CTS.

GEORGE
RAFT

FREDERIC
MARCH

MIRIAM
HOPKINS

MI
VIDA
ENTERA

EDICIONES IDEALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Ediciones BISTAGNE - BARCELONA

Año II

Núm. 58

Mi vida entera

Dramático asunto, interpretado por
MIRIAM HOPKINS, FREDERIC
MARCH, GEORGE RAFT, etc.

Es un film de la famosa marca

Paramount

Distribuido por

Paramount Films, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Mi vida entera

Argumento de la película

Estaban en el campo que olía tiernamente a primavera. El, Don Ellis, era un joven profesor de matemáticas; ella, Lyda, estudiante en la misma Universidad.

Se amaban apasionadamente con un amor de primera juventud, fuerte y magnífico. Aquel día, tendidos sobre el césped, en una actitud indolente y dulce pasaban el tiempo sin darse cuenta de las horas que marchaban...

Ella era un temperamento inquieto, romántico. Había dicho, con una voz que parecía acompañar al agua del cercano río:

—Yo querría que fuese siempre ahora. Sin ayer, sin mañana...

—¡Qué hermoso! Pero la lástima es que tenemos que irnos de aquí ahora mismo. Es muy tarde ya.

—¡Muy tarde! Y cada día se hace tarde. ¡Tenemos ya que despedirnos!

Don murmuró mientras la besaba:

—Viviendo así siempre tendrá que haber despedidas. Hasta que nos casemos. Tengo ganas de decirlo a todo el mundo bien alto. Te amo como a nadie.

—Tal vez pronto acabe eso...

Pero en el fondo de su alma le daba cierto temor el porvenir. ¡Casarse, vivir siempre juntos, afrontar las dificultades de una existencia en común! Sentía miedo a esa página en blanco del mañana.

Tuvieron que regresar al edificio universitario y volver a las aulas donde Don comenzó a explicar una lección de ecuaciones. Le escuchaban con simpatía y respeto todas las alumnas, entre las que figuraba Lyda, cuya admiración había tomado la fórmula del amor. Le quería mucho, pero no se atrevía, con cierta cobardía misteriosa, a formalizar los hechos, prefiriendo aquel amor en clandestinidad, lo contrario de Don, deseoso de vencerla sin dilación.

Tuvo que interrumpir el profesor su lección, pues le advirtieron que el Rector le llamaba a su despacho.

Cuando se encontró frente a él, adivinó tempestad: El Rector le enseñaba unos documentos y decía con un deje de melancolía:

—El asunto es delicado, Ellis. Debió usted decírmelo.

—No atiné...

—;Solicitar otro puesto estando aquí!

—;Otro puesto?

—Sí, me refiero a su empleo. Han aceptado su solicitud. ¿Es que no le gusta estar aquí? ¿Ha comparado su puesto con ese otro? ¿No prefiere quedarse conmigo?

Pero Don tenía tomada hacia tiempo su resolución y guardó silencio. Quería casarse con Lyda y salir de allí para vivir juntos una vida de trabajo y de porvenir.

—¿No me contesta usted?—continuó el Rector—. ¿Por qué hizo eso?

—No lo sé.

—¿No lo sabe? ¿No comprende usted que habla sin sentido?

Don pareció volver a la realidad.

—;Lo comprendo!

—Esto es ridículo.

—Quiero irme.

—Bien. Váyase usted. Haga lo que quiera. Aquí tiene su empleo. Han mandado esos planos y proyectos para que usted los estudie.

Loco de alegría, pues pensaba que fuera del am-

biente universitario, podría formalizar el amor y llevárselo plenamente a su realización, aguardó más tarde para poder ver a Lyda.

Riendo como un loco, besando apasionadamente a aquella mujercita que formaba toda la ilusión de su ser, le dijo:

—¡Bien mío! ¡Qué feliz soy! ¡Cómo te quiero!

—Pero, ¿te has vuelto loco?

—Sí, Lyda. Debes saber una cosa. Nos vamos. ¡Tú y yo! ¡Los dos!

—¿Qué ocurre?

—Siéntate.

—Pero, ¿me quieres decir de una vez qué te pasa? Un poco más tranquilizado, agregó:

—Voy a hacerte una pregunta y quiero una respuesta. Contesta, sí o no. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí o no—contestó, maliciosa.

—Nada de subterfugios. Concretamente.

—Pero, ¿qué clase de matrimonio me propones?

—Te hablo ahora en serio. Un matrimonio formal. Una pareja que quiere abrirse paso y que aquí ya no está en su ambiente. Buscaremos un nido de amor, lejos, allí en las montañas de Arizona. ¿Qué te parece?

—De verdad que no entiendo, Don. ¿Casarme y huir de aquí? ¿Para qué?

—Para vivir nuestra propia vida, no esta oscura que no permite amarnos.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De ese mañana.

—¡Tontuela! Siempre vamos a parar a lo mismo, con tus cobardías...

Pero les interrumpió una llamada a la puerta. Era un caballero que preguntaba por Don.

—¿Podría usted volver mañana?—le dijo éste, poco dispuesto a recibir visitas.

—Estaré listo en un minuto—contestó el recién venido, hombre de mediana edad.

Lyda había marchado a una habitación cercana y Don, muy nervioso, le hizo pasar.

—¿Quién es usted?

—Soy Jeremías Halman, abogado de la señora Darrow, mamá de Lyda. Conoce usted a Lyda, ¿no?

—Naturalmente.

—A qué vendría aquel emisario familiar? ¿Estarian enterados de todo?

—Sabemos que entre usted y Lyda hay un aprecio indudable. Y, en nuestro deber, hemos hecho algunas averiguaciones que, debo confesarle, han sido favorables a usted. El joven que como usted se ha pagado toda la carrera merece nuestro respeto.

—Gracias.

—Es usted la única persona que ha gustado a Lyda y le felicito.

—Agradecido.

—Y vengo a decirle que por parte de la familia no habrá el menor inconveniente en formalizar los hechos.

—Le repito mil gracias. Deseo casarme y marcharme lejos. Me han ofrecido un plan que puede ser mi fortuna. Un proyecto de ingeniería colossal, la construcción de un gran pantano.

Y comenzó a pintarle con vivos colores su destino hasta que entró Lyda que había estado escuchando lo que parecía era causa del entusiasmo de Don.

El abogado la saludó atentamente pero en el rostro de Lyda apareció retratada la contrariedad.

—¿Qué ocurre, Lyda?—le dijo Don, pendiente de todos los actos de su amada.

La contestación fué brusca.

—¡No quiero casarme!

—¡Lyda!

Había caido en un sillón como rendido bajo el peso de aquella inesperada noticia.

El abogado se acercó a ella, sorprendido.

—¿Es que no le quieres, Lyda?

—Sí.

—Pues... ¿entonces?

Alzó los hermosos ojos claros.

—Le amo demasiado.

Don la miró con cierta indignación. Halman ras-

cóse la cabeza. ¡Ah, las mujeres, incomprensible arcano!

—¿No te casas con él porque le amas?

—Justo.

—Hablemos juiciosamente.

—Hablo en serio.

—Tú no has hablado nunca en serio en tu vida —protestó Don.

—Nunca como ahora. Soy feliz, Don, y quiero seguir como ahora, siendo feliz. Ya lo sabes.

—¡Ya comprendo! —dijo el enamorado con amargura—. Lo que tú tienes es miedo.

—Tú también lo tendrías. Tengo experiencia. No creas que soy simplemente una tonta. Tengo motivos.

—¿Cuáles? Es tan absurdo lo que dices.

—Parecerá ridículo, pero no lo es. Cuando atas el amor al matrimonio, pierde algo. No quiero casarme. Le temo a ese paso supremo hacia lo desconocido.

—Perfectamente —gritó Don—. Pero podías haberme evitado el ridículo ante los ojos extraños.

Ella no contestó y Halman, que había venido a conocer a Don y se encontraba en una situación especial, se despidió de ellos con cierta melancolía y sin comprender bien las causas de toda aquella actitud que tenía tanto de insólita.

—Fui demasiado aprisa en felicitarles —dijo al partir.

Don miró a Lyda con profundo rencor.

—Ven aquí, Lyda.

Ella permaneció impasible, oculta la cabeza entre las manos.

—Ven aquí. Te digo que vengas. ¡Al instante! —rugió, colérico.

Alzó la hermosa cabeza, y suspirando se dirigió

hacia él, ya un poco arrepentido de su desplante.

—Seré un estúpido, Lyda —se sinceró—, pero te quiero y te querré siempre. Si salieses por esa puerta para no volverte a ver, no sé lo que sería de mí... Recordaría como una burla lo que me dijiste un día: “Será bueno que usted lo sepa. Estoy enamorada de usted”. ¡Y ahora, la burla, el adiós, la mentira! ¡Bah! Todas sois iguales, todas sois lo mismo. Tienes miedo, has dicho. Pues bien, hay que dilucidar pronto esta cuestión. O conmigo o sin ti. Yo te ofrezco un porvenir que considero magnífico. ¿Qué dices? He de tomar posesión de mi empleo sin pérdida de tiempo. Debes decidir.

Lyda pareció reaccionar.

—Deje que lo piensa.

—Necesito una contestación.

—¿No quieres aguardar un poco?

—Bien, aguardaré lo que desees.

Lyda se puso en pie y consultó su relojillo pulsera.

—Es tarde ya y tengo que regresar a casa. ¿Quieres acompañarme?

—Con mucho gusto.

Le invitó a subir en el automóvil de ella y a poco se encontraban ante el bello edificio que ocupaba Lyda con su madre.

—¡Bonita casa! —comentó él.

Entraron. Lyda sonreía, como si nada quedase en ella de la pasada tormenta.

—Voy a cambiarme. Espérame un momento. En seguida estoy lista.

Y advirtió al criado:

—Dale una copita al señor.

—No, gracias.

Don estaba nervioso. La negativa de Lyda le anodaba, le hacía temer por aquel amor en el que él había fundamentado sus mayores esperanzas. Así ver marchar a Lyda una idea acudió a su imaginación:

—¿Está en casa la señora Darrow?

—Sí, señor.

—Hágame el favor. ¿Podría hablar con ella un momento?

—¿Anunciaré al señor Ellis?
 —Sí. Creo que será suficiente.
 No tardó en presentarse una bella dama otoñal, la madre de Lyda.
 —Siéntese usted—le dijo atentamente.
 —Gracias.
 —Tenía interés en conocerle.
 Sonrió el profesor.
 —Me lo imagino.
 —¿Quiere usted a Lyda?
 —Con toda mi alma.
 —¿De verdad?
 —Palabra de honor.
 —Es insólito en estos tiempos venir a pedirme a Lyda.

—En efecto. Sé que es repentina... Pero yo la he propuesto casarme inmediatamente. Más concreto, mañana. Ignoro aún si Lyda accederá, pues ha puesto algunos reparos. Pero de antemano, me atrevo a suplicar la autorización de usted.

—¿Y por qué tanta prisa?—dijo la dama, benévolamente.

—He de ir a Arizona.
 —Con Lyda?
 —Esta es mi idea.
 —¿Y qué va usted hacer a Arizona?

Al hablar del proyecto que acariciaba, se encandilaron sus ojos y vibró todo su ser al impulso del entusiasmo.

—Es un trabajo magnífico. Un pantano... El mayor del mundo. Requiere años de preparación. Buscar un río, un torrente que se desploma desde una altura considerable, y a fuerza de trabajo hay que cambiar su curso.

Y entusiasmado por la descripción de aquella obra gigantesca, dió una verdadera conferencia sobre ella, como si se encontrara ante un público especializado.

La señora Darrow comenzaba a sentirse aburrida por aquella disertación, pero escuchaba con resignada cortesía. Al fin, Don pareció darse cuenta de que se extendía demasiado:

—Perdone usted. Pero hablando de mis planes, se me va la cabeza... Bueno. Pues a Arizona es donde pienso llevar a Lyda.

—Y Lyda, ¿está conforme?

—Creo que lo estará. Cuando se acostumbre a aquella vida, no encontrará otra mejor.

La dama, que conocía bien el carácter especial de su hija, enemiga de todo sacrificio, criatura voluble, ligera, replicó:

—¿Está usted seguro?

—Sí. Al menos yo deseo que se acostumbre.

En aquel momento entró Lyda. Parecía haber reflexionado. Era otra mujer. Sonreía con una alegría deliciosa.

—¿Has decidido algo, Lyda?

La mirada de Lyda fué un poema.

—Me has vencido con tus teorías. Me casaré contigo. Te seguiré adonde quieras.

—No me sorprende. Lo esperaba.

Y de no estar presente la señora Darrow, hubiese besado a Lyda con un anhelo fervoroso de agradecimiento.

—Quiero salir un poco—propuso Lyda con la acostumbrada libertad de las muchachas de su país—. Vámonos a dar una vuelta. ¿Permites, mamá?

—Con el que va a ser tu marido, ¿por qué no?

Y marcharon, ávidos de respirar el aire libre, de aturdirse en aquella noche que iba a preceder a su amor oficialmente consagrado.

* * *

Después de deambular largo rato, vieron un bar en una calle apartada y sintieron el deseo de entrar en él a descansar unos momentos. Iban cogidos del brazo, tiernamente.

Entraron en un local de aspecto sórdido mal alumbrado por una luz central. Tomaron asiento ante una

mesa de pino. Todo era sombrío, con caracteres de gris y de temor.

Lyda se entregaba al momento presente, a la ilusión del amor que iba a tomar un nuevo aspecto. Había temblado ante el mañana y no quería interrogarse, temerosa de una nueva cobardía que deshiciera su determinación. Don, a pesar de su aparente y ruidosa alegría, sentía también un cierto resquemor. ¿Sería absolutamente cierta aquella actitud de Lyda? ¿No se arrepentiría después de su conducta?

—¿Has reflexionado bien?—la interrogó—. Lamentaría que te aburrieses conmigo y ver morir, deshacerse nuestro amor, poco a poco...

—Te digo que no.

En una mesa cercana había una mujer, joven y bien parecida. Se la adivinaba nerviosa y lanzaba angustiosas miradas a la puerta. Por fin apareció un hombre, joven también y de aspecto sospechoso de truhán. Algo había de crueldad y frialdad en su rostro.

Se sentó junto a ella sin contestar apenas a la sonrisa luminosa, hecha de amor, de la mujer.

—Has tardado mucho, Honey.

—¿Y qué?—respondió el hombre con indiferencia. Bajó los ojos, humillada, como una bestezuela sobre la que tienen derecho.

—No me quejo.

Y sus manos arreglaron la corbata de él, con un gesto dulcemente amoroso.

—¡Qué corbata llevas! ¡Déjame que te la arregle! Levanta la cabeza.

El dejó hacer con un gesto tolerante.

—Me estás cambiando, chica.

Una ilusión flotó en la mujer.

—¿Te gusto?

—No soy exigente.

—¿Me quieres?

—¿No te lo dije?—contestó, esquivando los brazos.

—¡Sí! ¡Como a todas!

—Pero a ti de corazón—dijo repentinamente, dándole un beso.

Y era verdad. Honey, hombre que había tenido cuentas con la justicia y que vivía siempre a su margen, chulo, truhán, matón de los barrios bajos, estaba enamorado como un chiquillo, de Eva, aunque procuraba ocultar en lo posible aquel amor, temiendo humillarse demasiado. Eva era una buena muchacha a quien el ambiente no había podido dañar demasiado.

—Me gusta oírte decir que me quieras—murmuró.

—¿No lo sabes ya?

—Pero me gusta que me lo repitas.

—Bien. Te quiero—dijo, bebiendo una gran copa de cerveza.

—¡Honey!—y había un dulce aliento en sus palabras—. ¡Honey! Cuando trabajes en tu nuevo empleo podremos casarnos.

—No me desagrada.

Un hombre se acercó a ellos. Era un sujeto de aspecto poco tranquilizador, como la mayoría de los que allí estaban.

—¿Qué hay, Mickey?

—Davis estuvo aquí anoche. Creo que te buscaba.

—¿A mí? Me río de él. ¿Acaso no voy a trabajar ahora?

—Eso le dije. Pero yo no hago más que avisarte.

—Gracias, pero estoy cansado de trabajar en sus negocios. Me independizo y quiero laborar por mi cuenta. Es un soplón, pero no me sacará ni un centavo más.

Cuando Mickey se alejó, Eva suplicó a Honey:

—No le des pretexto de que te considere su enemigo, ahora que estoy yo así.

—Lo sé, niña.

—¿Por qué no nos dejará en paz? Yo quiero que trabajes honradamente y no hagas ya nada con él.

—No grites. Habla más bajo—indicó al ver que la pareja que formaban Lyda y Don había cesado de hablar y les miraba. Esos vienen aquí a aprender.

Don oyó aquella frase y dijo en voz alta, mortificado:

—Salidos del colegio.

Honey se quedó mirándolos en desafío.

—Yo también. ¿Qué hay de ello?

—Nada. Usted fué quien comenzó a meterse con nosotros.

—Comencé. ¿Y qué?

Su aspecto bravucón sobrecogió a Lyda que rogó a su novio moderarse sus palabras.

—No discutas.

Honey se había levantado. Espíritu pendenciero, le gustaba pelear contra todos.

—A ver si aquí no se podrá hablar—protestó—. Cualquier infeliz se atreve conmigo. Estoy dispuesto...

Avanzó hacia Don en actitud de agredirle, pero Eva, atemorizada, dió un grito y dobló como muerta la cabeza sobre la mesa.

Honey cambió de expresión. Corrió hacia ella e intentó reanimarla.

—¿Qué te pasa? Vamos, Eva. Reponte... así... poco a poco. Hice mal en traerte aquí y disgustarte.

La muchacha había abierto los ojos. Estaba muy pálida. Su respiración era fatigosa y aquel ambiente de humo malo la asfixiaba.

—Necesitas aire. Vamos afuera. Ven.

Lyda, repentinamente enterneceda por aquella mujer, acudió a sostenerla.

—Déjeme que la ayude.

—Gracias—contestó Eva con una sonrisa dolorosa—. No es nada. Me iré a casa.

Salió entre Honey y la mujer. Detrás iba Don, lamentando el incidente.

Antes de salir, Honey sintió agudizados sus malos instintos y viendo que Lyda había olvidado su bolso sobre la mesa se lo guardó tranquilamente en el bolsillo.

Ya en la calle, Lyda, ignorante del robo, indicó:

—Vamos a llamar un taxi.

—Es usted muy buena. No me encuentro bien. Estoy... ¿comprende?

—Sí.

Adivinó que Eva iba a tener un hijo y sintió una

mayor lástima hacia aquella mujer, triste y abatida.

—¿Es su amigo?—murmuró en voz baja.

—Y le quiero con delirio—contestó con el tono apasionado de la hembra por quien su vida entera es el hombre amado.

Sonrió admirada de aquel enamoramiento. ¡En los ojos se veía retratado el amor de Eva por el que quizás la maltrataba!

Un taxi, a una señal de Lyda, se detuvo, ante el bar. Honey exclamó cómicamente.

—Hizo bien en pedir el taxi.

Ayudaron a subir a Eva que se dejó caer en el asiento, rendida bajo el influjo de la emoción.

Entonces, ya el taxi lejos, Lyda se dió cuenta de que de un bolsillo de Honey salía el borde plateado de su bolso.

Ahogó un grito de sorpresa por el robo inconcebible. Pero se contuvo pensando que tal vez iba a perjudicar a aquella mujer, seguramente inocente del delito del truhán.

Eva agradeció cariñosamente la bondad de aquellos improvisados amigos y partió con Honey.

Lyda y Don tomaron otro coche. A Don le interesaba poco aquella pareja en la que veía reflejada la mala vida, el dolor de los bajos fondos, pero su novia aparecía hondamente preocupada.

—¡Simpáticos muchachos, a pesar de todo!—comentó Don.

—Ella sí—recalcó.

—Afrontan la vida juntos, sin miedo.

—Ella sí, pero... él me robó el bolso.

—¡Oh! ¿Por qué no me avisabas? Le hubiera detenido. ¡El miserable!

—¿Para qué? Era un bolso viejo. Nada llevaba de valor.

Y ya ninguno de los dos pudo quitarse de la imaginación el recuerdo de aquella pareja que en medio de la vida azarosa que llevaban se amaban con toda el alma y parecían afrontarlo todo por su amor.

* * *

Eva y Honey hablaron durante el trayecto. Ella le reprochó duramente lo del bolso.

—Prometiste que no robarías más.

—Pero no te dije cuándo.

—No quiero esperarte otros dos años a que salgas de presidio, Honey.

Bajó los ojos.

—He sido un loco, pero es la fuerza de la maldita costumbre. Mas yo te prometo que no volveré a incurrir en ello. No quiero que se me lleven y dejarte sin nada. No olvido lo que hiciste por mí.

Llegaron a su domicilio, una habitación de sencilla apariencia, alquilada en una casa de vecindad.

Apenas habían subido los escalones se encontraron con Davis, sujeto de alma cruel y perversa al que Honey en otro tiempo había ayudado en sus indignos trabajos de ladrón.

—Hombre, deseo verte. Ya te habrá dicho Mickey...

—No me habló de ti—contestó fríamente Honey.

—Pues supongo debes sospechar a lo que vengo.

—No caigo.

—A pagarme tu deuda.

—No te debo nada.

—¿Que no me debes nada? Te presté cincuenta dólares.

—Ciento; ya te pagaré cuando pueda.

Eva rogó, siempre temerosa de que aquel Davis hiciera algo terrible contra Honey.

—Déjelo. No los tiene ahora.

—Tú no te metas en nuestros asuntos.

Las voces habían atraído en lo alto de la escalera a la dueña de la pensión y a varias mujeres del servicio.

Los dos hombres se enzarzaron en una discusión violenta de la que llegaron a las manos.

Davis sacó un revólver, dispuesto a disparar sin compasión contra aquel hombre al que odiaba, pero Honey, más hábil, consiguió quitarle el arma que en el forcejeo vino a herir a Davis, que cayó pesadamente al suelo como muerto.

Fué un momento de espantosa confusión. Eva, horrorizada, se abrazaba a Honey que pensó en huir, pero no pudo conseguir su propósito... Atraídos por la detonación, entraron unos policías, quienes se llevaron preso a Honey que maldecía en voz baja lo ocurrido, más que por él, que no le importaba permanecer en la cárcel, por Eva que iba a quedar abandonada y en aquel trance de maternidad en que todos los cuidados eran pocos.

Eva quedó llorando. No había consuelo para su soledad.

* * *

Lyda era una mujer impresionable, de carácter voluble, poco equilibrada en sus ideas.

Aunque había dado palabra a Don de marcharse con él, casarse y salir hacia Arizona, al día siguiente, fuera de la influencia que le había hecho dar una contestación favorable, comenzó a arrepentirse de su decisión.

Amaba a Don, le amaba porque era su primer y único amor, pero el pensamiento de dejarlo todo, de tener que llevar quizás una vida penosa, dura, aburrida, en pleno desierto, la sobrecogió, incitándola a quedarse otra vez en pleno mundo civilizado.

Y cuando por la tarde Don estuvo a verla, había decidido confesarse que no quería ir allí, y para ello inventaría una mentira... dulce, pero convincente... Porque Don y Lyda habían sido algo más que simples novios: el amor, la ocasión, la soledad habían conspirado en favor de su pecado... La falta iba a ser reparada con la boda, una falta que no había traído

consecuencias, pero que ella iba a atribuirlas para con tal objeto quitarle el deseo de marchar de la ciudad.

Don estaba contento hablándole de los detalles del viaje así como de la inminente boda... Ella con los ojos entreabiertos apenas le oía, prefiriendo escuchar la canción de la radio:

*Ilusiones queridas
que yo soñé...
Esperanzas perdidas
que acaricié...
En tus dulces brazos
mi vida te di,
si llorar pudiera...
mas no puede ser...*

Don continuaba su relato, y Lyda le interrumpió de pronto con un gesto de infinita fatiga:

—No, querido, no quiero ir a Arizona.

—¿Que no quieres ir? Pero... ¿no decías?...

—Lo que oyes. No quiero ir.

Don creía estar soñando. De repente todos los castillos soñados se derrumbaban al impulso de aquella realidad cruel.

—No te entiendo...

—¿No comprendes, Don?

Y su mano acarició la suya con un temblor emocionado.

—¿No comprendes? —repitió—. Allí donde quieras llevarme no es el mejor lugar para tener un hijo.

—¡Eh!... Pero, ¿es posible... que tú? ¿Que vamos? ¿Que nosotros...?

—¡Sí... sí!...

Don se enterneció. Sintió como si instantáneamente la vida se tiñese de un color desconocido, ignorando para él.

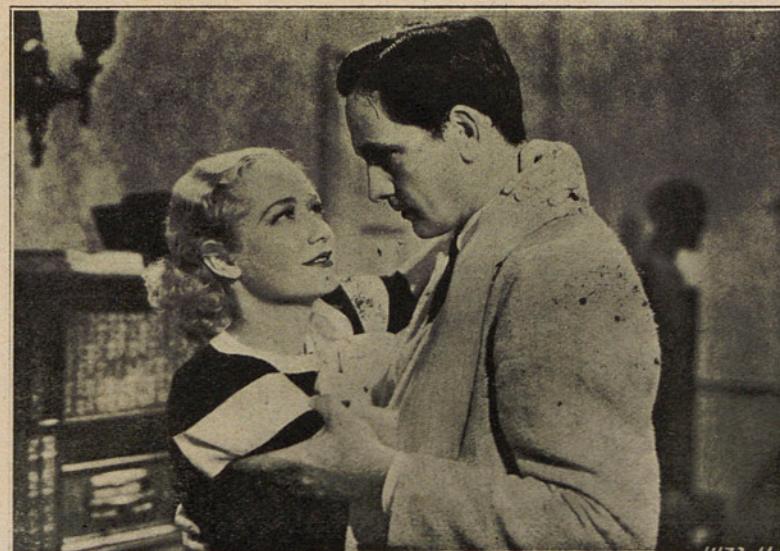
—¡Oh, Lyda! Ahora sí que debemos casarnos inmediatamente... ¿Estás segura?...

—Lo estoy.

—Pues bien. Renuncio al viaje. Al fin y al cabo sospechaba, no sé por qué, que habría de resultarnos



—¿Es que no te gusta estar aquí?



—Te seguiré adonde quieras.



—¡Qué corbata llevas! ¡Déjame que te la arregle!



...cayó pesadamente al suelo...



—Ahora sí que debemos casarnos inmediatamente...



...derribándole en tierra sin sentido.



—No podemos perder ni un minuto.



—...así comprendo que me quieres.

fatal... Me alegro de tener una excusa para no ir y de que ese pretexto sea tan delicioso.

Llegó la señora Darrow a quien comunicaron, sin decirle las causas, que, momentáneamente, habían desistido del viaje.

Don, en el fondo del alma, sentía aquella perdida de posición que significaba renunciar a la construcción del pantano, pero no podía exponer a la que iba a ser su esposa a una situación dolorosa e incierta... Se debía al hijo que iba a nacer, al hijo al que ya en sueños acariciaba. Y esa paternidad futura hacía menos penoso su deber.

Despidióse de ella, pues tenía que realizar varias gestiones encaminadas a buscar un sustituto... Pensaba volver por la noche para concretar el plan del casamiento.

Si en el mundo había un carácter variable, veleta siempre al impulso del viento libre, era sin duda alguna el de Lyda.

Conseguido su propósito de no ir a Arizona, lamentó haberle engañado y pensó que era necesario decirle cuanto antes que la soñada maternidad no existía, y que todo había sido un ardid para obligarle a quedarse allí. Y cuando regresó por la noche se dispuso a comunicárselo lisa, llanamente, con la perfecta naturalidad de la mujer que no da demasiada importancia a sus actos.

El la miraba con una emoción nueva y más pura, como si viese embellecida por un nuevo don a aquella mujer que constituía el norte y la guía de su existencia.

—¿Qué has hecho hoy? —le preguntó.

—Monté a caballo.

—A caballo? No debías... es peligroso estando así.

Soltó una risa burlona.

—¿Estando así? ¡Qué tonto!

—¿Por qué?

—¿No te has dado cuenta de que no es verdad? Pues así es... He querido retenerte junto a mí, a mí

lado... Tuve miedo de aquella vida de montaña y busqué un subterfugio para eludirla.

Pero a Don le indignó aquella mentira en que se había jugueteado con una ilusión sagrada. De repente le pareció descubrir en aquella mujer un amor falso, hecho de caprichos, de pasiones de momento, pero sin asentarse en algo duradero y firme.

—Me has engañado de una manera burda, intolerable. Para quedarte aquí no debías apelar a tales procedimientos.

—Era quizá lo único para hacerte desistir.

—Verdad, porque jugabas con lo que constituía la más grata ilusión de mi vida. Un hijo tuyo y mío. Me has hecho soñar inútilmente y esto yo no te lo puedo perdonar...

—¿Quieres, pues, que vaya a Arizona?

—¡No! ¿Para qué? Ya sabía que venías a la fuerza... y el amor a la fuerza es la más absurda de las farsas. Lo que pasa es que eres una niña malcriada, consentida, que has jugado con todo el mundo... y querías ahora añadir un hombre a tus juguetes. Y conmigo has terminado... Ya ni en Arizona serías la que fuiste.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Con el derecho que me da el haberte querido siempre, el considerarte como algo mío que de repente me roban. Si me hubieras amado de veras, no habrías vacilado en seguirme, contra todo, sin inventar pretexto para sustraerte a tu obligación. Hemos terminado.

—Muchas gracias—dijo indignada—. ¿Te vas?

—Me voy.

—¿Para no volver?

No respondió, pero se fué directamente a la puerta.

—Está bien—dijo ella.

Y al verlo partir, la fuerza de alma que la había sostenido, se vino abajo de pronto y víctima de sus propios caprichos y debilidades, se puso a llorar amargamente.

Atraída por su llanto, su madre fué hacia ella intentando consolarla.

—¿Pero dónde está Don?

—No lo sé.

—Tú has reñido con él. Pero ¿cómo es posible esto? ¿Qué ha ocurrido?

—Dijo que no era bastante buena para él.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada... Dejar que la vida siga.

Y se encerró en un mutismo del que fué imposible sustraerla.

* * *

No durmió aquella noche. Lágrimas de verdadera pena surgían continuamente de sus ojos.

Llegó el nuevo sol, pero el dolor de aquel abandono seguía hiriendo vivamente la sensibilidad de la mujercita.

Cuando le trajeron el desayuno, no pudo probar bocado y tampoco a la hora de la comida comió ningún manjar.

Su madre estaba profundamente preocupada, pero ella se negaba a confesar las verdaderas causas de su ruptura con Don.

—Lo que has hecho es una tontería—le dijo la señora Darrow—. Riñas de enamorado, lluvia de verano que no dura mucho... Don volverá... no querrá echarlo todo por la borda por una insignificancia. ¿Quieres que mande a buscarle, que tenga una entrevista con él?

—No.

—Pues habrá que hacerlo, a menos que te pongas más alegre y no tomes las cosas tan a lo vivo.

—Le he amado.

—¿Y le amás aún?

—Quizá... pero yo no le volveré a buscar... Tengo demasiado orgullo.

A media tarde algo distrajo la atención reconcen-

trada de Lyda. Era una carta de mujer escrita en estos términos.

Querida miss Darrow:

No tengo derecho a pedirle nada ni acaso se acuerde de mí. Soy la muchacha con quien usted fué tan amable en el café de Louis. Tengo que verla, señorita Lyda, y espero, agradecida, su visita.

Eva.

¡Oh, bien recordó de quién se trataba! De aquella mujer que iba a tener un hijo y que amaba con una devoción y una locura capaces de todos los sacrificios al compañero de su existencia. Lyda debía haber tomado ejemplo de la tenacidad de aquella criatura.

¿Y qué le querría? La carta estaba fechada en un Internado de Asistencia Social. ¿Qué le querría Eva, aquella mujercita vista solamente una noche entre la atmósfera falsa del bar?

No vaciló en visitarla. Y, sin decir nada a nadie, se encaminó directamente a aquel establecimiento que albergaba a una porción de muchachas extraviadas, a las que era preciso corregir con el suave peso de una estudiada represión.

No era hora de visitas y la directora se negó rotundamente a autorizarle la entrada, pero como Lyda insistiera, asegurando que era del Comité de Asistencia Social, no tuvo más remedio que franquearle el paso.

—Las muchachas están trabajando arriba, señora —le explicó la directora.

—Pregunto por Eva.

—Ah, Eva! Está castigada, arrestada en el cuarto de la meditación. Se ha portado muy mal y hemos tenido que encerrarla. Pero, venga, que la llevaré a la celda.

La condujo a los sótanos, donde, en una celda de escasa ventilación, se encontraba, sumida en hondos pensamientos, una muchacha a quien en seguida reconoció.

—Esta señorita desea verla, Eva.

La mujer levantó la cabeza y, al reconocer a la vi-

sitante, corrió a estrecharle las manos con honda gratitud.

—¡Oh, señorita Lyda! ¡Qué buena es usted! ¡Cuánto me alegro!

—Eva no ha sido muy buena estos días—indicó la directora.

Rió Eva con altanería.

—Por eso estoy castigada “meditando”.

—Cuidado, Eva. No se habla así.

—Guárdese el sermón—respondió, desabrida.

—¡Habrá atrevida! ¡Ah, señorita! Le será muy difícil ayudar a esa muchacha. Es una díscola incorregible.

Cuando quedaron solas las dos jóvenes, Eva, con verdadera emoción, le habló:

—Sabía que no faltaría usted.

—¿Cómo supo mi dirección?

Bajó la cabeza.

—Su nombre estaba en el bolso que aquella noche me llevé distraídamente.

—No fué usted quien se lo llevó.

Avergonzada por aquella actitud acusadora, tuvo que confesar con tristeza:

—Es cierto... No fuí yo. Fué Honey.

—Vaya!

—Pero... lo hizo por mí. Palabra. Estábamos en un apuro. A veces una se encuentra en un terrible apuro... y miente, roba, hace cualquier cosa... sin poderlo evitar.

—Bien, bien. Y ¿por qué me llamó?

—Verá usted... Aquella misma noche mandaron a Honey a la cárcel. Fué porque...

Y explicó la historia de la agresión de Davis, y cómo involuntariamente Honey le había herido.

—Fué sin querer, se lo aseguro. ¡Ah, y la policía, aquella misma noche, me trajo a este Reformatorio! Estoy incomunicada y pienso en la desesperación de Honey, sin noticias y sin saber que estoy aquí.. El creerá que lo he traicionado.

A Lyda la enternecía el caso, pero no acababa de

comprender el papel que se le reservaba en el asunto.

—Pero yo, en qué puedo ayudarla?

—Oh, señorita... si me atreviese! Usted es tan buena, tan digna... se hace cargo de todo. Yo quisiera que le hiciera usted saber que estoy aquí presa, que no le he olvidado...

¡Dulce amor, en medio de tantas tempestades! Involuntariamente, evocó Lyda su caso, y vió como quizá había perdido para siempre a Don. ¿Por qué no había tenido su corazón la misma tenacidad, la misma fuerza de vasallaje y de amor que aquella desgraciada?

—Lo hará usted?

—Se lo prometo.

—Gracias, gracias!

Y le besó las manos.

—Y dígame que estoy muy contenta... Aunque, no, no le diga eso. Dígame que esto es muy bonito... que pienso en él, pero sin lágrimas.

—Se lo diré todo. No me olvidaré de nada. ¡Adiós, Eva!

La estrechó la mano, franca y leal, una mano en-guantada y aristocrática que chocó con la mano de Eva, un poco fuerte y vulgar.

Al ir a salir le suplicó aún Eva sonriente:

—Quisiera pedirle otra cosa. Mándele este dólar para que se compre naranjas. ¡Le gustan tanto las naranjas!

—Se lo daré.

Eva salió enterneceda. ¡Qué amor aquel, el de aquella mujer del arroyo que sufría por su amado y al que no podía olvidar! Comparólo con su amor sin voluntad, sin energía, con constantes vacilaciones y sintió amargor de su conducta.

Cumplió lo prometido. Fué a ver a Honey a la otra tarde. Honey, a través de la reja, la recibió con mar-

cada hostilidad, como si viese en ella a un enemigo. Pero este sentimiento se transformó en simpática efusión cuando Lyda le comunicó que venía de parte de Eva.

—¡Qué alegría saber de ella! ¡Mi dulce Eva! ¡Cómo debe estar sufriendo!

Lyda quiso animarle.

—Está perfectamente bien.

—No lo creo. ¡Encerrada la pobre!

—Pues está bien. Hasta bromeaba y reía.

—Pobre mujer... era para que no sufriese yo... Me hago cargo. Una vez me esperó dos años. Ahora, qué sé yo el tiempo que estaré aquí... ¡Pobre Eva! Dígale usted que estoy bien.

—Le diré que no se apure... que está usted bien.

—Pero, no—protestó al cabo de unos momentos—. Preferible es que le diga la verdad. Ella es fuerte y sabrá soportarla... Dígale que me estoy consumiendo, que la matará tener un hijo allí.

—¿Quiere que le diga esto?

La mirada acusadora de Lyda causó su efecto.

—No... no se lo diga. Pero dígale otra cosa—y bajó la voz—, dígale que se prepare... que iré por ella.

—¿Usted? ¡Si no puede!

—¿Qué no puedo? ¡Iré a sacarla de allí, se lo juro!

—clamó con firme entonación, dispuesto a todo para reunirse con la mujer que amaba y que iba a darle un hijo.

No quiso Lyda disuadirle de aquel propósito, admirada de aquel mutuo amor que se daba con la vida entera, que parecía no conocer los obstáculos.

Llena de emoción fué a abandonar la celda. Honey le gritó al salir:

—Gracias por todo, señorita, y díselas también a ella por las naranjas.

—Volveré pronto a verle.

Lyda volvió al día siguiente, y dispuesta a ayudarle en todo, prometió colaborar en su fuga.

Quería aturdirse para borrar de su alma el dolor que le había causado su separación de Don y, mujer que gustaba de la vida intensa, le preparó romántica-

mente la fuga, aguardándole la noche siguiente en un automóvil cerca de un pantano que bordeaba la prisión.

Aquella noche, cuando todos los reclusos después de trabajar en el patio, volvieron a sus celdas, Honey permaneció en él, picando indolentemente la piedra como si no hubiese advertido la hora de terminación.

El guardia, al hacer la inspección nocturna, le sorprendió en su monótona labor.

—¿Qué haces aquí? —le dijo bruscamente.

Honey le miró con calma.

—¿No lo ve? Trabajando...

—Son ya las diez. No quiero que trabajes más a esta hora.

—Si no acabo el trabajo no me darán de comer. Así sois vosotros.

—No discutamos... y a la celda.

Comprendió Honey que era cuestión de obrar rápidamente, si no, iba a perderlo todo en un santiamén. Espíritu que no reparaba en procedimientos, pensó que era necesario no perder la ocasión única de la huída. Esgrimió la maza y sin dar tiempo al guardia para defenderse le pegó en la nuca, derribándole en tierra sin sentido. Después, sin perder un instante, se deslizó por el muro corriendo hacia el exterior y lanzándose al agua del pantano, no sin que su fuga fuera descubierta por el centinela, quien disparó varios tiros contra él sin tocarle.

Nadando fatigosamente, llegó a la otra orilla, donde Lyda esperaba en su automóvil.

Estaba inquieta, los disparos la habían hecho temer que Don resultase herido. Ella quería salvarle, unirle a la mujer que amaba, contribuir a ese fin.

—Póngase esto —le dijo dándole un impermeable—. ¡Pronto! ¡Vamos!

—Me están persiguiendo.

—No hay que perder momento. A toda máquina.

Y el coche se deslizó raudo, furioso, por la carretera en sombras...

* * *

Todo era tranquilidad, después de la cena en el reformatorio de muchachas. Una de las internas, bajo la vigilancia severa de la directora, leía un libro de moral y en el fondo, se reía de sus conceptos.

Eva había sido perdonada ya y volvía a permanecer con sus compañeras, después de un elocuente sermón de la directora incitándola a la disciplina. Pero en su alma sólo vibraba el recuerdo de Honey y la emoción del hijo que llevaba en las entrañas.

Oyeron de pronto que se detenia un coche ante la puerta. Aquella visita a deshora causó gran impresión. ¿Quién podía ser? Llamaron insistenteamente a la puerta y la directora se apresuró a abrir, viendo, con la mayor de las sorpresas, a la señorita Lyda.

Confiada, sin pensar en nada malo, le preguntó:

—Señorita Lyda, ¿qué le ocurre a esas horas? ¿Algo importante?

—Sí.

Y detrás de ella apareció la figura de Honey a la vista de la cual le dama retrocedió con temor.

—¿Quién es usted? ¿Qué pretende?

—¿Dónde está Eva? ¡Quiero verla en seguida! —gritó malhumorado.

—¡No es hora!

—Fuera de aquí.

Y, apartándola bruscamente, se hizo abrir paso, avanzando hacia el salón de lectura donde Eva al verle corrió a abrazarle con fervor.

Las demás muchachas miraban asustadas aquella inesperada escena mientras la directora protestaba con indignación.

—¡Salga de aquí! ¿Cómo se atreve?

—Vámonos en seguida, Eva —dijo Honey—. No podemos perder ni un minuto.

—¿Cómo? ¿Se la quiere usted llevar? Irá a presidio si lo hace.

La miró sonriente.

—De allá vengo... y no me importa. ¡Y cállese de una vez!

—No quiero callarme.

—¿Que no? Va usted a ver lo que es bueno.

Y, sin darle tiempo a que se defendiera, la levantó en hombros y corrió a encerrarla en un cuarto, sin otra comunicación que una puerta cuya llave cerró con seguridad, entre el regocijo de las muchachas, libres de la tutela de la directora.

—Es un crimen lo que están haciendo... un atropello—rugía la pobre mujer.

—Lo siento... pero es preciso... ¡Y buenas noches!

Y estrechando el brazo de su enamorada, marchó de allí, seguido de Lyda, a la que aquella aventura cautivaba, haciéndole olvidar, quizá momentáneamente, el terrible dolor que significaba la separación de Don.

La directora continuó dado gritos estentóreos.

—¡Abran, muchachas, abran!

Pero las alumnas, deseosas de vengarse de la que durante tanto tiempo las había hecho sufrir, guardaron cuidadosamente la llave a tiempo que decían:

—No podemos abrirla, señora directora. Se llevó la llave.

Y se prometieron todas ellas una magnífica noche de libertad, sin la tiranía constante de la maestra.

En tanto, en el automóvil que conducía Lyda, marchaban los fugitivos a una extremada velocidad.

Eva y Honey, libres al fin, gozosos de respirar aquella nueva vida de libertad, se abrazaron conmovidos, mirándose en silencio como si les pareciera estar soñando.

—¿Estás contento?

—Ya lo creo.

Y unas lágrimas, unas lágrimas que surgían por primera vez de los ojos de aquel hombre malo que era capaz de todo por la mujer amada, hicieron sorprender a Eva.

—¿Lloras?

—No, no lloro... pero gracias por las naranjas.

Lyda estaba conmovida también, pero les interrumpió.

—¿Adónde vamos?

—A escondernos en el bosque.

—¿Por qué?—dijo Eva, que ignoraba las circunstancias de la fuga, piadosamente ocultadas por Lyda y por Honey en gracia de su estado.

—Ahora es muy tarde. Mañana iremos a la ciudad—explicó Honey.

—¿Por qué no ahora?

—Ahora con todos los caminos vigilados?

—Vigilados? ¿Por qué?—replicó anhelante.

—Porque... podrían perseguirte. Te has fugado, ¿entiendes?

—Tienes razón.

Habían llegado a un bosque de amplios pinos que podían dar un albergue feliz durante aquella noche hasta el amanecer en que procurarían sin infundir sospechas entrar en la ciudad.

—¿Qué le parece ese bosque?—preguntó Lyda.

—Perfectamente. Y gracias por todo... Pero, ¿no se queda usted con nosotros?

Dudó la bella mujer, pensando en el disgusto de su madre al ver que se prolongaba misteriosamente su ausencia. Pero al cabo accedió, deseosa de descansar, fatigada por las largas emociones de la jornada.

Durmieron todos en el mismo coche oculto en un recodo del camino. Eva descansaba acurrucada en los brazos de aquel hombre en quien veía su protector, su amigo desinteresado y bueno. Hablaban en voz baja. Lyda, medio dormida, les oía y experimentaba una envidia extraña, y una cierta congoja que apretaba su corazón. Amar así... amar así y siempre... ¡Quizá ella había roto por entero su vida al abandonar a Don!

Sonreían los dos amantes, peleándose graciosamente por lo que había de venir.

—Apuesto lo que quieras que se parecerá a tí—le decía Eva.

Se echó él a reír con una gran risa cordial.

—Si se parece a mí lo cambio por un chinito.

—¿Qué hará cuando sea grande?

—Yo quisiera que aprendiese algo.... ¿tú me entiendes?... Todo menos lo que soy yo... Yo, de jovenito, quería ser bombero... ¿Por qué no lo será nuestro hijito?

—No quiero que lo sea. Es demasiado peligroso. Además, será muy pequeño...

—¿Acaso no crecerá?

—Y mucho.

Diálogo delicioso que Lyda oía con llanto. Diálogo de dulce amor que, aunque lo pronunciaban labios pecadores, eran purificados por la intención.

De pronto Eva murmuró:

—Dime... ¿se lo diremos?

—¿Qué?

—Eso... acerca de nosotros. La cárcel... todo...

El semblante de Honey enrojeció.

—No se lo diremos nunca.

—Nunca...

Y así se durmieron con una sonrisa de gente feliz, mientras Lyda, nerviosa por su propio caso, con una sensación amarga de soledad en el corazón, pensaba en su futuro desorientado, en su vida a la que había quitado quizá su principal fuerza: su verdadero amor.

La señora Darrow, asustada ante la desaparición de su hija, había ido a ver a Don, creyendo que éste conocía el paradero de Lyda. Al comprender que Don ignoraba en absoluto lo sucedido, su espanto adquirió caracteres aterradores y dieron conocimiento de ello a la policía, la que inmediatamente se puso en acción para buscar a la desaparecida.

A Don le remordía la conciencia, pensando que con su actitud había podido, quizá, provocar un acto irreparable por parte de aquella criatura. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaría? ¿Habría podido sucederle alguna desgracia? ¿La muerte quizá? Esos temores le causaban horror, ponían un escalofrío en su piel y le hacían acusarse de responsable de lo ocurrido.

En el automóvil de Lyda habían conseguido entrar

en la ciudad los fugitivos, quienes se despidieron de su protectora, que prometió ir a verlos pronto.

La pareja de amantes había conseguido ocultarse en una habitación de uno de los pisos más altos de un rascacielos, cuarto propiedad de un amigo de Honey que le había cedido con fraternal generosidad.

Ya instalados en aquel lugar, donde tal vez podrían encontrarse seguros, Honey, con un anhelo profundo de no tener ningún secreto para ella, le explicó las características de su fuga y cómo para conseguir huir había tenido que hacer armas contra el guardián.

Eva se estremeció ante este crimen, que podía poner una valla eterna entre los dos.

—¿Respiraba?

—No lo sé.

—Dios mío! ¿Qué haremos?

—No sé qué hacer.

El reaccionó.

—He sido un loco... te estoy comprometiendo con mi presencia. Me he de separar de ti. No quiero que puedan detenerte conmigo y pagar tú mis solas culpas.

Pero Eva se le abrazó con el fervor amoroso del que lo da todo al ser amado:

—No... no te vayas. Si te vas, te seguiré yo. Quizá no lo mataste. Cuando la señorita Lyda vuelva, le diremos que se entere de lo ocurrido.

—Cuando ella se entere, no la veremos más.

—¿Quién sabe!

—Cualquiera lo haría.

—Vámonos de aquí... a cualquier parte, pero juntos los dos, a afrontar la vida como sea.

—Bien, pero ¿y si me detienen, y si te detienen a ti? Oye, Eva, échame tú a mí la culpa de todo... que te arrastré en la huída... que siempre has recriminado mis actos. ¿Lo harás?

—No—repuso noblemente—, pero me gusta que lo digas, porque así comprendo que me quieres.

Llamaron. El corazón pareció detenerse. Pero una voz conocida les hizo recobrar la paz. Era Lyda

que, antes de regresar a su casa, había querido enterarse personalmente de si habían llegado bien.

Sonriente, les estrechó las manos y les entregó unos periódicos.

—Traen su fuga, Honey... con detalles.

Honey murmuró:

—Está muerto el guardia, ¿no?

—Esta mañana aun vivía. La policía le anda buscando. Es preciso que escape inmediatamente.

—¿Escapar? ¿Pero dónde?

—Tome este dinero—dijo ofreciéndole una cantidad—. Es todo lo que yo puedo hacer por usted. No pierda tiempo y márchese.

Eva y Honey estaban conmovidos.

—Se lo agradeceremos siempre... toda la vida.

En aquel momento volvieron a llamar a la puerta y se oyeron unas voces que les estremecieron, dándoles la sensación del inminente peligro. Era, efectivamente, la policía, que había conseguido dar con el paradero de Honey y que venía, implacable, a detenerle.

—¡Son ellos!—murmuró Honey.

Eva se le abrazó con terror.

—¡Abrid la puerta! ¡Pronto!—dijo una energética voz.

Eva contestó:

—No está.

—¿No? Bien, pues abra la puerta.

—Pero ¿qué ha hecho Honey? ¿Por qué le persiguen?

—Por nada, apenas... Fuga de la cárcel y asesinato. Vamos, décidete, Honey. Si derribamos la puerta, no saldrás con vida.

Lyda estaba aterrizada esta vez. La presencia de la policía la hacía temblar. ¡Cuando la encontrasen a ella!

Honey aparecía desorientado mientras Eva, comprendiendo que no había ya solución, le rogó:

—Es mejor que abras.

Rápido como una centella, contestó:

—¡Ni pensarlo!

Los golpes a la puerta sonaban más vigorosos cada

vez. Honey abrió la ventana, altísima, desde la que se dominaba la ciudad. Un pensamiento cruzó por su imaginación, un pensamiento que flotó, también, adivinándolo, en Eva.

—¡No... no!—rogó ella.

—No puedo entregarme... no puedo, Eva. Me llevarían a la silla eléctrica. Prefiero morir por mí mismo.

—¡No, Honey, no!—suplicó desesperada—. Mientras vivas, hay esperanza. No hagas eso...

—Es mejor para ti... y mejor para mí también... Oye, abrázame. Así, muy fuerte... bésame ahora.

Se abrazaron apasionadamente. Lyda, aterrizada, no comprendía bien.

Honey fué hacia la ventana.

—No mires ahora, Eva.

Ella se cubrió el rostro con las manos, llorando amargamente. Honey se abalanzó... y desapareció en el espacio.

Dió Lyda un grito de horror. Pareció paralizarse el corazón. Instantáneamente fué Eva también hacia la misma ventana e, inconsciente, ciega, dispuesta a seguir al hombre amado a la misma muerte, saltó también a la calle.

De abajo se oyeron silbatos de auxilio. Una conmoción ante aquel doble suicidio, de amor.

En tanto, la policía derribaba a hachazos la puerta y, al entrar, sólo pudo encontrar a Lyda acurrucada junto a una puerta y agitada por un terror nervioso.

Se asomaron a la ventana. Abajo se había reunido gran multitud. La muerte había unido a los que se amaron tanto.

* * *

Lyda fué detenida unos días, hasta que se aclararon los hechos. Se la acusaba de complicidad, de haber intentado facilitar la fuga de Eva y de Honey.

Don, que llevaba haciendo activísimas gestiones para la libertad de aquella mujer, a la que seguía amando tras la separación, fué a visitarla a la cárcel y oyó de labios de ella el relato de todo lo ocurrido.

—He hecho activas gestiones para que sea retirada la acusación contra ti—dijo Don—. El fiscal está conforme en aceptar una declaración firmada para facilitar su gestión. Tú declararás que te obligaron a llevarles en su coche.

A todo estaba conforme Lyda, con un ansia de libertad y de vivir una vida de amor a que locamente había renunciado y que necesitaba.

—Y libre ya, ello te servirá de escarmiento para no proteger jamás a criminales.

Lyda movió la cabeza con aire de protesta.

—Eran unos pescadores, pero ¿qué soy yo? Yo no defenderé a Honey ni a Eva, pero sólo sé que últimamente sólo pedían que les dejásen vivir juntos y en paz. No pudieron conseguirlo. Y se querían tanto que prefirieron morir juntos a vivir separados. Eva no tenía miedo de seguir a él a cualquier parte. ¿Es ser criminal eso, Don? Déjame que te diga que con el ejemplo de esa mujer he aprendido a comportarme yo. Si Eva siguió a todas partes a un hombre que, al fin y al cabo, era de conducta dudosa, ¿qué haré yo sino seguirte a tú que eres tan noble y que sólo quieras mi bien? Ya no dudaré en arrostrar por ti los mayores peligros.

Aquellas generosas palabras enterneциeron a Don, quien a través de las rejas le besó las manos.

—Te quiero mucho, Lyda; te quiero tanto esta vez que por ti voy a renunciar a marcharme lejos.

—No, por mí no renunciarás, sino lo contrario. Iré contigo y para siempre.

Y cuando al cabo de pocos días fué Lyda puesta en libertad, se concertó inmediatamente la boda, y marcharon los dos hacia Arizona sin importarles la dureza de la vida y acariciados por el amor.



E. B.



Cubierta, Imp. M. PELLICER
Muntaner, 111 - Teléfono 76132

Precio: 50 céntimos